

Firmas

PRIMER PLANO

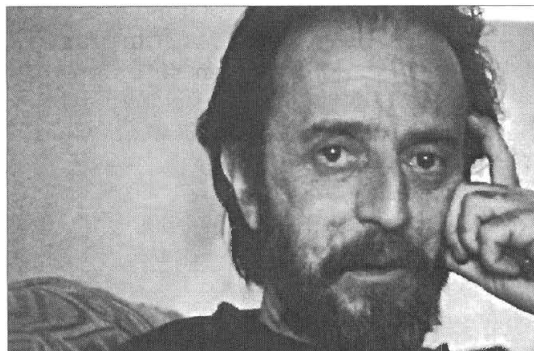
ANDRES ABERASTURI
Periodista

Tragedias y abandonos

NO es este un tiempo dulce para vivir ni puedo vivirlo ni tan siquiera puedo enganarme para al menos intentar vivirlo dulcemente. Me rodea la ausencia, la desolación y las tragedias. Quisiera ser más optimista. lo juro, pero esta primavera viene llena de sangre y abandonos y es inútil mirar hacia otro lado.

Contemplo en silencio el gran cuadro de Urculo que me vendió a precio de amigo hace ya muchos años y recuerdo a Eduardo cordial, hablador, tan al contrario que ese «australiano» (así se titula la tela) que sentado en una hamaca azul contempla un horizonte color naranja y espera bajo el inevitable sombrero quién sabe qué. Los cuadros de Urculo —desde los mas negros de su primera época hasta el cubismo que estaba reinterpretando ahora— van más allá de sus colores puros y flota sobre ellos una angustia que nunca aparece en la tela. Ese es su gran hallazgo, creo, la capacidad de dejar en el espectador la certidumbre de que lo verdaderamente importante no aparece en el lienzo sino que espera al otro lado, en algún sitio, en la siguiente viñeta que Eduardo Urculo nunca terminaba de pintar.

Releo alguna dedicatoria de Terenci, tan siempre amable, tan aparentemente cómodo en la vida parapetado



detrás de su eterna sonrisa de niño bien criado. Alguien lo ha dicho ya y tiene razón: incluso ese papel de enfermo grave, de jugador jugando a la ruleta rusa del pitillo que puede ser el último, no terminaba de desagradarle aunque la vida, tal vez, le seguía apasionando.

Y veo, claro, la televisión y contemplo las imágenes de la guerra y en cada crónica aparecen los muertos que interesan a cada bando, las cifras que no coinciden, el cielo nocturnal de esa ciudad de leyenda que es Bagdag como si algo se estuviera celebrando con fuegos de artificio. Pero no: son misiles, bombas, fanáticos de un lado y empresarios de otro que calculan posibles beneficios o sueñan con la quimera del paraíso que nunca existirá ni tan siquiera para los mártires. De vez en cuando esta guerra que nadie termina de entender del todo, ni quienes la hacen, provoca imágenes como

la de la niña moribunda y amputada y pasamos de página porque está muy bien emocionarse en el un cine comiendo palomitas, pero la realidad resulta siempre más desagradable.

Escribo estas líneas entre el desorden que me rodea y con la ventana abierta. Tengo sobre la mesa un libro de Terenci y al fondo, en la pared, el enorme cuadro de «el australiano» de Eduardo Urculo. Hay un transistor que he enmudecido porque al otro lado de la calle ha empezado el recreo de los niños del colegio que tengo enfrente. Juegan y chillan y son como gorriones urbanos ignorantes de toda esta perversión que nos rodea. El cielo está azul velazqueño y yo siento muchas ganas de derrumbarme en el sillón y esperar a que todo termine. No lo hago. Tecleo despacio: no es este un tiempo dulce para vivir... y cumplo con mi obligación de escribir este artículo. ■